

La irrupción del arte en la vida académica*

Luis Porter Galetar**

¿Por qué el arte debería jugar un papel más activo en las atmósferas universitarias? La contribución de las artes siempre se clasifica de acuerdo con sus productos finales.

Poco o nada se considera a los procesos creativos o a los modos de percepción que llevan a la concepción y realización del arte. Esta es una de las razones por la que las artes no contribuyen en el diseño de planes de estudios o de estrategias globales para la educación. Se asume que los artistas sólo hacen cosas terminadas producto de su inspiración: cuadros, esculturas, grabados, objetos, prototipos, casas, edificios, etc. De la misma manera las humanidades tienen sus productos concretos: novelas, tratados, obras de teatro, textos, poesía, etc. Es quizás esta una importante razón por la cual ni las humanidades ni las artes forman parte en la enseñanza de la ciencia, de la filosofía o de cualquiera de los otros campos del conocimiento: la salud, la física o la química, consideradas muy aparte de la producción artística y humanística.

El modelo que continúa normando la oferta educativa en las instituciones de educación superior en México, presenta en primer plano a las ciencias básicas pertinentes, en un segundo a las ciencias aplicadas y finalmente al *prácticum* que se preocupa de que los alumnos aprendan a aplicar el conocimiento basado en la investigación a los problemas que se presentan en la práctica profesional cotidiana. Se trata de un

* Tomado de: Uni-pluri/versidad, Vol. 4, No. 3, 2004. P.41-44

** Arquitecto. Doctor en Educación, profesor Universidad Autónoma Metropolitana de México. Para mayor información sobre el autor: www.excelencia.uat.mx/porter/

modelo que jerarquiza los conocimientos situando a las ciencias básicas en primer plano, seguidas por las ciencias aplicadas y finalmente las habilidades técnicas de la práctica cotidiana. De esta manera las artes continúan ubicándose, por sobre toda retórica, más cerca del nivel de actividades dedicadas a satisfacer el tiempo libre, que como expresiones derivadas de un contexto de alta especialización como lo es una sinfonía, un edificio o una escultura. Las premisas de las que parten los procesos que terminan produciendo una sinfonía o un objeto cualquiera, como podría ser una silla, son útiles y comunes para cualquier campo de estudios. Después de todo, también los químicos o los físicos, así como cualquier individuo o sociedad, no reducen su expresión a lo que se puede encontrar en el limitado estante reservado al arte. Cada campo del conocimiento tiene sus formas de codificar y descifrar la realidad, requieren determinado grado de inteligibilidad, es decir, de alfabetización. Lo que intentamos señalar aquí es que en el concepto de alfabetización que aplican, por ejemplo, los políticos de la educación que inauguran universidades, entre los que se incluyen los diseñadores de sus programas de estudios, el arte no es tomado en cuenta.

ALFABETIZACIÓN, CONCEPTO DISTORSIONADO

Consideramos alfabetizada a una persona que sabe leer y escribir. Esto ocurre debido a una concepción social distorsionada que considera dichas habilidades, más la de conocer los números, como útiles para sobrevivir. Al acep-

tar esta premisa en forma literal e incondicional, las instituciones educativas condenan a la sociedad a vivir en un tipo de analfabetismo mucho más profundo. Mientras que enseñan al estudiante a leer y escribir, por ejemplo, la palabra "silla", así como a reconocerla como una unidad que se numera, o a darle un costo o un precio, no les enseñan a "verla" o a relacionarse con ella en la forma en que lo haría un carpintero, un diseñador o un inventor. La silla en el proceso de alfabetización se convierte en una palabra, en un número o en una función física, pero su esencia, su significado, permanece fuera de este concepto de alfabetización, escondida e inaccesible para siempre.

Se enseña a leer y a escribir, como forma de codificar y decodificar, pero no se discuten sus funciones y las relaciones que éstas tienen con los actos perceptuales que permiten la existencia y definición de estas técnicas. Alfabetizar entendido como contar, leer y escribir es un dogma aceptado que nadie cuestiona. Los que no dominan estas habilidades son señalados como seres con una carencia notable. Hay ciertos hechos que no hacen diferencia al alfabetizador: a) el hecho de que la mayoría de los que saben leer y escribir sean incapaces de percibir y de conceptualizar, es decir, que sean incapaces de comunicar qué es una silla a una audiencia hipotética que jamás haya visto una, b) el hecho de que no sean capaces de dilucidar si la silla es la formalización de una función o si es el nombre de un objeto que recuerdan, c) el hecho de que la mayoría de los alfabetizados sean incapaces de "saber ver" una silla, son hechos que en sí mismos no implican para el alfabetizador

deficiencia alguna. De tal modo que la gente en general no perciba que las patas de una silla son una cruda aproximación tecnológica para mantener un plano horizontal a una determinada altura y que no son parte conceptual de la silla, o que la forma de este plano horizontal es una decisión formal que depende del sentido estético o económico de la producción, pero que tampoco es un elemento sin el cual el concepto de silla sería imposible, no es relevante.

Si la alfabetización partiera de cuestionar la realidad, de preguntarnos por la existencia de cada cosa, nos enfrentaríamos a una estructura educativa completamente diferente, porque estaríamos enseñando al estudiante a ver las cosas, a crear la necesidad de entenderlas y de renombrarlas, en lugar de aprender el nombre que otros le dieron. Entenderíamos alfabetizar como la preparación para nombrar o renombrar y poder comunicar el concepto a otros. Estaríamos aplicando un tipo de alfabetización que provendría del estudiante mismo, un estudiante que aprende a educarse a sí mismo sin los prejuicios y las limitaciones de tiempo y espacio impuestas por el ciclo escolar. Un concepto epistemológico, hermenéutico.

Al hablar de humanidades y de arte, tenemos que tener presente que los temas fundamentales que sirven de base a la educación, emanan de la vida práctica y no de los libros. El conocimiento no está dentro de las bibliotecas, en todo caso surge de la lectura de la realidad, para lo cual no podemos ser analfabetos de la realidad, no podemos estar impedidos de leer la realidad,

como le ocurre a tantos hoy, frente a los cambios que nos impiden una toma razonada de posición frente a dicha realidad. El peligro de este tipo de educación es entender textos y no entender el mundo, lo que equivale a separar texto de contexto. El peligro estriba en entrar en un mundo de palabras como única manera de entender la realidad, que es un mundo de no-palabras. Nuestro conocimiento es lo que hemos experimentado hasta ahora en la vida cotidiana. Nuestros valores y lo que observamos, la visión del mundo que tenemos desde nuestro particular punto de vista. Ubicarnos en la realidad implica vernos orillados a conocer a favor de quiénes, de qué objetivos, con qué propósitos y metas, estamos educando(nos). Eso implica también conocer en contra de qué, de quiénes estamos.

Toma de posición

En el ámbito de nuestra cultura judeocristiana hay cierto miedo a hacer este tipo de preguntas. Hay cierto miedo a asumir nuestras angustias. Las alimentamos mirando o escuchando los noticieros, pero no las resolvemos, y pretendemos dejarlas en algún vestíbulo, en lugar de asumir que nos están pesando. Preferimos una ideología neutra, estereotipada, una vez más cinematográfica, en donde el bueno tiene cara de bueno y el malo cara de malo. Por otro lado la cultura del positivismo y la ciencia, que sostiene que existe la posibilidad de ser «objetivo», de situarse fuera de la realidad y observarla, también promueve esta vana y peligrosa ilusión de neutralidad. Ambas posiciones hacen a un lado la naturaleza política de la educación. Se piensa que es posible presentarle a los estu-

diantes diversas teorías, diversas visiones del mundo, como si se tratara simplemente de opciones A, B y C, sin mencionar que entre esas opciones o visiones hay debate, hay discusión, hay una lucha que es necesario también conocer. No es posible educar sin hablar de mi propio compromiso como académico, investigador, profesor: definir a favor de quién estoy y en contra de qué estoy, no para imponer mi elección política, sino para comunicar mi propia posición.

Sería una falta de respeto a los estudiantes evitar dar mi propio punto de vista, porque sería pensar que el estudiante no es capaz de desarrollar su propio juicio. Mi elección es política, no pedagógica. Expresar mi posición me afirma, ¿y qué mejor ejemplo puedo dar que el de mi propia afirmación? La educación no es neutral. Ninguno de nosotros somos neutrales. Toda neutralidad es siempre una posición que trata inútilmente de esconderse. En pocas palabras, el estudiante siempre debe preguntarse frente a un cuerpo de conocimientos organizado en forma de curso, o de plan de estudios, no preguntarse porqué no existe la necesaria dosis de humanismo y de arte, cosa que sería difícil de precisar en términos numéricos, de proporciones y dosificaciones, sino preguntarse: ¿Qué ideología puede leerse entrelíneas en este programa? ¿Cómo está organizado el contenido? ¿En favor de qué, en contra de qué? ¿Está a favor del uso de mi imaginación, de la apertura de mi sensibilidad? ¿Me ayuda a ver el mundo que me rodea, a distinguir entre las cosas, a reaccionar frente a ellas y responder frente a lo aparentemente ajeno, extraño o lejano a mi campo de acción?

Saber es aprehender el objeto, es apropiarse de algo. Muchos estudiosos intentan apropiarse del conocimiento a través de los libros. Se trata de un mito que nos servirá para aclarar conceptos. En la academia existen muchos mitos, uno de ellos es la bibliografía. La tecnología, como veremos, agudiza estos mitos. Pensemos que un académico no debe ser un elitista, es decir, un erudito distanciado de lo real cotidiano. Hay académicos que aman los buenos libros, aman leer y escribir, eso es bueno, pero también existe un entendimiento mágico de los libros. Muchos creen que tener muchos libros en su casa es una manera de apropiarse del conocimiento. Como el que cree que al poseer un instrumento musical le ayuda a apoderarse de la música. El conocimiento no se consume, aunque venga en forma de libros. Debe crearse y recrearse.

Actualmente se acrecienta la confusión entre texto y contexto. Proliferan, ante las limitaciones y las condiciones de la educación superior en México, aquellos que creen que se educan, simplemente porque asisten a cursos y diplomados. Para empeorar este estado de cosas, actualmente con la tecnología del Internet, y la llamada "educación a distancia" las trampas se vuelven más sutiles. La pantalla y sus buscadores llevan a la gente a creer que tienen la biblioteca en casa y pueden enterarse y leer sin comprar libros. Cabe preguntarse cómo se incorpora esta información a la cultura del que la consume. Informarse no es conocer, ni mucho menos obtener sabiduría. El cómputo y sus velocidades son un nuevo instrumento producto de la tecnología. Un

instrumento sofisticado que nos distrae al punto de que se habla más de las herramientas que de lo que podemos lograr con ellas. Por eso es necesario continuar enfrentando con una actitud de desafío, de escepticismo esta era que quieren llamar la «era del conocimiento» Partamos de una primera premisa: información no es lo mismo que conocimiento. Información es material que habla acerca de hechos que ocurren en este mundo. Existen incontables hechos que se transforman en información cuando tomamos nota y hablamos de ellos. No pretenden ser más de lo que son. Actualmente podemos tener acceso a muchísimo de este material. Pero eso no implica que seamos capaces de distinguir si dicha información es verdadera, confiable, significativa. ¿Hay alguien que se preocupe por la desinformación que produce la mala información o el exceso de la misma? La red de redes (Internet) no tiene este tipo de discernimiento. No es un medio que busca la verdad sino que busca informar. El problema es qué hacer con tanta información. Una manera de aprender a distinguir entre información significativa y no significativa, es sustituir el concepto de información por el de conocimiento. Conocimiento es información que está inserta en un contexto, que tiene un propósito, que permite entender mejor algo, dar sentido, susceptible de ser relacionada con nuestra vida y lo que es más importante, que nos permite distinguir si es relevante o no. Vemos en vivo, en la televisión, que un símbolo aparente inamovible de nuestra civilización occidental, se derrumba en forma sin precedente alguno en nuestra memoria moderna. Si no podemos contestarnos a la

pregunta ¿por qué? toda esta información obtenida en vivo, de primera mano, no nos agrega nada y al contrario puede desencadenar reacciones equivocadas. ¿Qué más necesito saber acerca de este u otro evento que me permita entender por qué está ocurriendo? ¿De dónde nace esta fuerza destructiva? ¿Es cierto que son las fuerzas del mal contra el bien, los creyentes contra los infieles, los autoritarios contra los democráticos? ¿Quién es el bueno o el malo? ¿Cómo se convirtieron los malos en tan malos? ¿Qué significa ser el bueno o el malo? Una fuente de información que no me aclara estas preguntas es inútil. O peor aún, si en lugar de aclararme, me confunde y me complica o simplifica para hacerme creer que entendí, para ignorar que no sé y situarme entre los que “no saben que no saben”, entonces mi ignorancia se habrá visto acrecentada. Porque junto con esa información a no darme razones, antecedentes, puntos de vista, o alguna guía de lo que se supone que debo hacer con dicha información, ésta no me agrega conocimiento. Si no conozco el porqué de los hechos, sus causas, entonces no estaré agregando conocimiento a mi bagaje cultural, tan sólo hechos sin sentido. Mientras que «conocimiento» es información organizada, auto-contenida en sí misma, un nivel más profundo es el de la «sabiduría». Saber significa poder ubicar dicha información no sólo en su contexto sino en el cuerpo de conocimiento que me permite evaluarla. La ciencia nos puede ayudar en múltiples temas y problemas, nos permite hablar de ellos, pero no nos puede decir si debemos estar contentos o tristes por dichos problemas y sus soluciones. Lo que nos dice si deter-

minada acción significó un progreso o un retroceso, son cuerpos de conocimiento desde los cuales podemos poner en perspectiva dicha acción. Esta es la diferencia entre opinión y sabiduría, equivale a la diferencia entre dogmatismo y educación. Sabiduría es saber qué preguntas hay que hacer y a qué cuerpo de conocimiento recurrir, ya que saber no significa tener las respuestas acertadas, sino saber formular las preguntas acertadas. Entonces, el problema en esta «era de la información» no es cómo utilizar el Internet o la biblioteca para encontrar o canalizar información, sino saber cómo transformar esta información en conocimiento y cómo transformar el conocimiento en sabiduría. Esa es la tarea de un buen estudiante trabajando junto a un buen docente en una institución que cuya atmósfera permite sentir la presencia del arte y el humanismo.

Es necesario discernir. La palabra cernir es clave para los estudiosos. Todos sabemos lo que es un cernidor. Lo saben los albañiles, cuando cuelan la arena, lo saben los que cocinan. Nosotros los estudiantes, debemos saber cernir, cribar, la información que entra por nuestros sentidos, como la corriente de agua subterránea que se purifica al pasar por el manto de piedra. La palabra «epistemología» se refiere a ello: «epistemos» significa cernidor. Los profesores hacemos de la enseñanza un discurso que es semejante a una cascada de agua que lleva flotando fragmentos de conocimiento, que el

estudiante trata de pescar, de cernir, para asirse a ellos y flotar por la corriente que es el programa de estudios. El círculo epistemológico está formado por dos momentos, el momento en que llegamos al conocimiento existente, y el momento en que producimos nuevo conocimiento. Los manuales, las fórmulas, el conocimiento predigerido, la racionalidad técnica, intentan convertir el conocimiento en centros comerciales, en «shopping centers». Ambos momentos demandan sujetos, no objetos, sujetos conscientes, humildes, curiosos, desafiantes, no apáticos, no objetos pasivos, sino sujetos activos, comprometidos en un proceso de auto transformación.

Escuchar acerca del conocimiento es diferente que conocer. Uno no conoce oyendo o leyendo que es oír la voz del que escribió. Es necesario iniciar un diálogo con el interlocutor, con esa voz que habla, o pluma que escribe. Hay que preservar ese misterioso diálogo con el autor del libro, como si al leer, pusiéramos una silla a nuestro lado para simbólicamente sentar allí al autor del libro, y hablar con él, interrogarlo, no importa si es Platón o Aristóteles, si es Paulo Freire o Donald Schön. Para eso debemos saber pensar, para entonces poder hablar, o escribir y por último leer. Esa es una antigua forma de educación a distancia y quizás mucho más efectiva de la que usa satélites y complicados sistemas de transmisión. Leer un libro dialogando con su autor: no importa el tiempo, no importa la distancia.